

RELACIONES INTERNACIONALES

Jean-Michel Caroit*

Faro y ropa sucia

Gracias al cantante Juan Luis Guerra, reconocido por la prensa como "el mejor embajador dominicano", y al V Centenario, la República Dominicana recibe desde hace varios meses, una atención a la cual no estaba acostumbrada. Considerada durante largo tiempo como "el secreto mejor guardado del Caribe", ella es visitada por una cohorte de periodistas extranjeros que descubren con asombro a un presidente de otra época, o el faro en honor de Cristóbal Colón, plantado en medio de barrios marginados que el "muro de la vergüenza" –así llamado por la prensa dominicana– no consigue disimular.

Las autoridades y numerosos comentaristas demuestran una gran sensibilidad frente a las descripciones y a las opiniones que publica la prensa extranjera a propósito de la República Dominicana. Periódicamente los responsables del gobierno, seguidos por diversos editorialistas, levantan su voz contra eso que ellos califican de "complot" orquestrado por los competidores de la República Dominicana que se sentirían amenazados por el rápido desarrollo del turismo y de las zonas

* Periodista. Corresponsal para las Antillas del periódico Le Monde.

francas industriales de la parte occidental de la Isla Hispaniola. La preocupación de contrarrestar las "campañas de descrédito" ha ocupado una gran parte del tiempo del embajador dominicano en los Estados Unidos luego de la publicación de un artículo irónicamente crítico en la revista "Vogue". La mayoría de las veces, sin embargo, los periodistas extranjeros no son más críticos que sus colegas dominicanos, quienes emplean columnas enteras para lamentarse del recrudescimiento de los cortes de energía eléctrica o de la suciedad de la Capital. Se acepta lavar la ropa sucia en familia, pero desde que un extranjero se mete, aunque no haga sino constatar una evidencia, no puede ser otra cosa que un agente mal intencionado o a sueldo de un destino turístico competidor. Esta hipersensibilidad al discurso del otro que en ciertos casos es casi paranoica,¹ entorpece el diálogo que, apoyado en la crítica constructiva, podría ayudar en la búsqueda de soluciones a problemas bien concretos. Un ejemplo reciente: poco antes de su partida del país, el embajador de Francia, Sr. Jacques Royet, en una entrevista televisada, lamentaba el hecho de que la belleza de Santo Domingo se viera arruinada por los amontonamientos de inmundicias. Sin incriminar a nadie, él subrayaba que el desarrollo del civismo podría facilitar la solución de este problema de la basura, que no es sólo un asunto estético sino que tiene también graves consecuencias para la salud pública. Herido en su amor propio, el síndico de la Capital, Sr. Rafael Corporán de los Santos, respondió duramente al embajador Royet, acusándolo de mezclarse en lo que no le incumbía. El incidente diplomático de hecho se evitó, pero allí estaba una vez más la prueba de que es muy difícil dar un consejo de amigo que no sea percibido como un ataque personal o una malevolencia.

Este prólogo podrá parecer anecdótico. Lo creemos importante, sin embargo, ya que uno de los desafíos que debe afrontar la República Dominicana en este fin de milenio es el de su inserción en el mundo, el de su apertura hacia el exterior –para ser más precisos. La mentalidad de isleño replegado sobre sí mismo, que durante mucho tiempo ha marcado a la antigua colonia española –y que ha sido reforzada durante el siglo XX por los 30 años de dictadura trujillista–, va cambiando gracias al esfuerzo conjugado de la televisión por cable, del fax, y del continuo ir y venir de la diáspora emigrada a los Estados Unidos, por no citar sino algunos de los factores de apertura hacia el exterior.²

Nuevas fuentes de divisas

Antes de abordar los grandes expedientes de los que se ocupa la diplomacia dominicana (las relaciones con los Estados Unidos, Haití, Cuba, la apertura hacia Europa y el Caricom, por señalar los más importantes), evocaremos el peso que ha tenido la economía, que ha jugado un papel dinámico y motor en la transformación de las relaciones que la República Dominicana ha mantenido con el exterior durante los últimos tiempos. El rápido desarrollo del turismo y de las zonas francas industriales desde el inicio de los años 80 ha modificado profundamente las relaciones de la República Dominicana con el mundo exterior. Los productos tradicionales de exportación: azúcar, café, cacao, han sido desplazados, en calidad de generadores de divisas fuertes, por esas nuevas actividades, que atraen cada año muchos más visitantes e inversionistas extranjeros.

A finales de los años 60, después del período de agitaciones que siguió a la dictadura, el turismo había prácticamente desaparecido. Treinta años más tarde, en éste del V Centenario, la República Dominicana se ha convertido en el destino turístico más importante de la cuenca del Caribe. Los grandes proyectos hoteleros, que se extienden rápidamente en el Este después de haber transformado la costa Norte, ofrecen cerca de 30.000 habitaciones, más que cualquier otro lugar de la región del Caribe. En 1992, las autoridades esperan recibir más de 1.300.000 visitantes, entre ellos un número cada vez mayor de europeos. En estos momentos, con más de 900 millones de dólares de entradas anuales, el turismo es el sector que aporta la mayor cantidad de divisas a la balanza de pago.

El boom de las zonas francas industriales no es menos impresionante. El presidente Balaguer prácticamente todos los meses autoriza la apertura de un nuevo parque industrial, y la República Dominicana detenta hoy el record mundial de las zonas francas en funcionamiento. Según las últimas cifras disponibles,³ más de 375 empresas han creado más de 140.000 empleos en los parques industriales dominicanos que trabajan para la exportación. Los inversionistas asiáticos, especialmente los chinos de Taiwan y los coreanos, están cada vez más presentes en

las zonas francas, mientras que el capital europeo, y particularmente el español, se invierte sobre todo en los proyectos turísticos.

La Iniciativa para la Cuenca del Caribe (Caribbean Basin Initiative), lanzada en 1984 por el presidente Reagan para "contener las amenazas cubana y sandinista" en la región, ha sido uno de los factores decisivos para el desarrollo de la industria de ensamblaje destinada al mercado norteamericano. La República Dominicana ha venido a ser la principal beneficiaria del CBI (que autoriza la exportación hacia los Estados Unidos con franquicia de derechos de aduana de la mayor parte de los productos ensamblados en los países miembros): las exportaciones dominicanas hacia el mercado norteamericano se han más que duplicado de 1983 a 1991, pasando de 806 millones a 1.846 millones de dólares.

La otra cara de la moneda

Sin embargo, las ventajas comerciales concedidas a los países del Caribe y de América Central en el marco del CBI corren el riesgo de diluirse, entendiéndose: desaparecer, si la Iniciativa del presidente Bush para las Américas progresa. Ya la incorporación de México a la zona de libre-intercambio norteamericano (North-American Free Trade Area - NAFTA), actualmente en negociaciones, representaría un duro golpe para la competitividad de las exportaciones dominicanas.⁴ El Sr. Frederic Emam-Zadé, antiguo diplomático y responsable del Consejo de Promoción de Inversiones (CPI) ha sido uno de los primeros en alertar a las autoridades y en proponer la transformación del CBI en un acuerdo recíproco de libre-intercambio, según el modelo del acuerdo de Lomé que liga la CEE a los países ACP.

El modelo de desarrollo basado en el turismo y las zonas francas no está exento de efectos perversos. Basta con hacer un viaje a Sosúa para constatar que "la industria sin chimeneas" favorece el desarrollo de la prostitución y el aumento de los precios. Las críticas a los parques industriales destinados a la exportación destacan con razón que la transferencia de tecnología es preocupación secundaria de los inversionistas. Estos son atraídos por el bajo costo de la mano de obra y por la ausencia de sindicatos, y la mayoría de los empleos que crean son poco

cualificados. Tanto el turismo como las zonas francas son actividades volátiles que se desplazan rápidamente si el país que recibe es sacudido por convulsiones políticas o sociales. El ejemplo de Haití es en este sentido impresionante: mientras que al comienzo de los años 80 allí estaban más desarrollados que en República Dominicana estos dos sectores, en menos de diez años, la situación se ha invertido completamente, y numerosas empresas han cruzado la frontera para venir a instalarse en los parques industriales dominicanos.

No se puede cerrar el capítulo de las relaciones económicas internacionales sin evocar aquellas que se dan con los principales proveedores de fondos, comenzando por el Fondo Monetario Internacional (FMI).⁵ La firma de un acuerdo stand-by con el FMI, el 5 de julio de 1991, tiene claras repercusiones en la dirección de la política económica dominicana. Las medidas de ajuste dirigidas a reducir el déficit del sector público han sido hábilmente escalonadas a lo largo de varios meses, lo que ha permitido evitar reacciones violentas como aquellas que siguieron a la firma del acuerdo con el FMI en 1984. Mucho más que los pactos internos, que son apenas respetados por los principales actores –comenzando por el Ejecutivo–, las negociaciones con el FMI o el Club de París (proveedores de fondos bilaterales) limitan el margen de maniobra de las autoridades en materia de política económica y los obligan a una cierta disciplina, particularmente en lo que concierne a la creación monetaria.

Preponderancia de los EE.UU.

En el plano de las relaciones bilaterales, los Estados Unidos siguen siendo el principal protagonista. En dos ocasiones las tropas norteamericanas han desembarcado en República Dominicana durante este siglo. La primera vez la ocupación duró 8 años (1916–1924) y los militares americanos se apoderaron de la administración del país. El segundo desembarco, en 1965, cuyo pretexto era la lucha contra la "amenaza comunista", permitió a los Estados Unidos reforzar su control de la política y la economía dominicanas. La fuerte inmigración dominicana hacia los Estados Unidos –particularmente hacia New York– que se ha acelerado desde los años 70 ha acentuado aún más la influencia,

económica y cultural norteamericana en la vida del país.⁶ Sin duda alguna el embajador de los Estados Unidos juega un rol más importante que cualquiera de sus homólogos con sede en Santo Domingo. De la misma forma, el puesto de embajador dominicano en Washington es un puesto clave, hasta el punto de haber sido confiado, en un pasado reciente, al propio vicepresidente, Sr. Carlos Morales Troncoso.

La orientación "pro-americana" del gobierno dominicano —que, por otra parte, no varió durante los dos mandatos ejercidos por el PRD entre 1978 y 1986— no impide al presidente Balaguer desarrollar, en algunos aspectos regionales, una política que irrita a Washington.

El caso más flagrante concierne las relaciones con Cuba. Sin llegar a restablecer las relaciones diplomáticas formales con el régimen del presidente Fidel Castro, la República Dominicana ha desarrollado considerablemente, desde hace cinco años, sus intercambios económicos y culturales con Cuba. Durante una conferencia de prensa a finales del mes de mayo,⁷ el presidente Balaguer subrayó que el comercio entre los dos países estaba "abierto" y que su gobierno no tenía la intención de oponerse las transacciones comerciales "privadas" con la nación comunista. Interrogado sobre el eventual restablecimiento de las relaciones diplomáticas, él se limitó a recordar que la República Dominicana respetaba las decisiones de la Organización de Estados Americanos y por tanto no entraba en esas relaciones. Además del flujo comercial entre los dos países, los intercambios científicos, técnicos y culturales se han desarrollado bastante. Iberia ha abierto una conexión diaria entre Santo Domingo y La Habana, que ya se encontraban comunicados por un vuelo semanal de Cubana de Aviación. Altos representantes cubanos efectúan regularmente discretas visitas a la República Dominicana, habiéndose organizado a comienzos del año una exposición de productos cubanos.

El tráfico de la droga constituye otro expediente delicado en las relaciones bilaterales entre Santo Domingo y Washington. Aunque las autoridades americanas se felicitan oficialmente de los esfuerzos de la Dirección Nacional de Control de Drogas, ellas saben mejor que nadie que "la República Dominicana se ha convertido en el transcurso de los años en una de las principales plataformas-pivot del tráfico de cocaína

en la cuenca del Caribe", para retomar la expresión del Sr. George McNenny, responsable de las Aduanas de Puerto Rico. El escándalo que estalló a comienzos del mes de mayo pasado luego de la incautación en Miami de 400 kilos de cocaína pura proveniente de Santo Domingo tomó mucha más amplitud en razón de las acusaciones, formuladas por un responsable de la Drug Enforcement Agency (DEA) desde Miami que implicaban a colaboradores cercanos al presidente Balaguer. Según un diplomático, el Departamento de Estado ha preferido acallar el asunto para no poner en peligro a un gobierno considerado como "uno de los más seguros aliados de los Estados Unidos en la región".

Inescapable Haití

El otro expediente clave de la diplomacia dominicana, que es tratado directamente por el presidente de la República, es el de las relaciones con Haití.⁸ El 27 de febrero de 1991, el presidente Balaguer afirmó que "el problema dominico-haitiano es de una importancia tan grande que sobrepasa al de la educación y al de la salud".⁹ Menos de cuatro meses más tarde, el presidente dominicano ordenaba la expulsión de los haitianos en situación irregular, comenzando por los menores de 16 años y por los trabajadores de la caña de azúcar de más de 60 años.¹⁰ Las salidas masivas de varias decenas de miles de haitianos a lo largo del verano irían a acelerar la desestabilización del gobierno del presidente Jean-Bertrand Aristide. En la tribuna de las Naciones Unidas, a finales de septiembre, el presidente haitiano acusaba de nuevo a las autoridades dominicanas de maltratar a los haitianos que residían en su territorio. Algunos días más tarde, el 29 de septiembre, los militares destituyeron a Aristide con un golpe de Estado sangriento, que según testimonios concordantes se benefició de complicidades dominicanas diversas.

Aunque declarándose solidario de las resoluciones de la Organización de los Estados Americanos, que rápida y formalmente condenó el golpe, el gobierno dominicano no ha hecho nada para facilitar la aplicación del embargo comercial decretado por la organización interamericana. En varias ocasiones funcionarios dominicanos han pedido levantar las sanciones comerciales contra el régimen de facto, y el

presidente Balaguer ha anunciado públicamente que su país había intervenido en este sentido ante la OEA después de la juramentación del conservador Marc Bazin como primer ministro de facto.¹¹ Es elogiable la voluntad del presidente Balaguer de jugar el papel de mediador en la crisis haitiana, lo que se dificulta, sin embargo, debido a las tomas de posición hostiles al retorno del presidente Aristide, expresadas en diversas ocasiones por altos representantes dominicanos, en particular por el vice-ministro de Relaciones Exteriores, Sr. Fabio Herrera Cabral, quien sigue de cerca el expediente haitiano.

Desde la reunión paritaria de Lomé ACP-CEE, realizada en Santo Domingo en el mes de febrero pasado y durante la cual el presidente Balaguer se entrevistó con su homólogo haitiano en el exilio, el jefe de Estado dominicano ha recibido la visita de varios representantes haitianos de alto nivel, entre ellos al Sr. René Théodore, antiguo representante comunista sondeado para el puesto de primer ministro, y al Sr. Marc Bazin, nombrado finalmente en este cargo sin el consentimiento del presidente Aristide. Desde principios de junio del 1992, la diplomacia dominicana ha intentado organizar una reunión en Santo Domingo de los diferentes sectores involucrados en el conflicto haitiano. Esta iniciativa por el momento ha fracasado, sin embargo, debido en gran parte a comentarios filtrados en la prensa provenientes de funcionarios dominicanos y publicados en los vespertinos "El Nacional" y "Ultima Hora", cuando una de las claves del éxito de la reunión era precisamente la discreción.

El dossier bilateral dominico-haitiano repercute tanto en las relaciones de Santo Domingo con los Estados Unidos como con Europa. Las acusaciones realizadas por diversas organizaciones norteamericanas de defensa de los derechos humanos, especialmente Americas Watch, en relación a la situación de los braceros haitianos en República Dominicana, han estado a punto de hacer perder a Santo Domingo los beneficios comerciales del Sistema Generalizado de Preferencias (SGP) en 1989. La diplomacia dominicana reaccionó en aquel momento con lentitud, sin considerar aparentemente la magnitud del problema.¹² En fecha más reciente, la incorporación simultánea de Haití y de la República Dominicana a la Convención de Lomé -estructura de cooperación

que une Europa a los países del Tercer Mundo— ha relanzado el debate sobre la necesidad de normalizar las relaciones entre los dos países que comparten la isla Hispaniola, especialmente para poder recibir los beneficios de los fondos europeos de ayuda regional. El golpe de Estado en Haití del 29 de septiembre de 1991 ha complicado evidentemente las perspectivas de normalización.

El descubrimiento de Europa

El desarrollo de las relaciones de República Dominicana con Europa, marcado por la adhesión a la Convención de Lomé, es uno de los nuevos acontecimientos importantes de estos últimos años, tanto en el plano económico como político. A diferencia del CBI, la Convención de Lomé es un mecanismo de cooperación determinado por la reciprocidad, que permite a los países beneficiarios tener acceso al mercado más importante del mundo, el de la Comunidad Económica Europea. Al inicio de las negociaciones la diplomacia dominicana reaccionó con lentitud, sin tomar conciencia, al parecer, de lo importante que sería para el país el reforzar sus lazos con la CEE. La debilidad del dispositivo diplomático dominicano en Europa, y especialmente en Bruselas, tuvieron dos consecuencias algo paradójicas durante las negociaciones: el sector privado dominicano jugó un papel dinámico y motor en las discusiones, y la representación diplomática haitiana en Bruselas fue mucho más activa que su homóloga dominicana, para beneficio de la candidatura de los dos países.

En el mismo orden de ideas, la República Dominicana tomó conciencia con retraso de la importancia de desarrollar sus relaciones con sus países vecinos miembros del Caricom. Ligado tradicionalmente más a los países latinoamericanos hispanohablantes, Santo Domingo desatendió durante largo tiempo las vecinas islas anglófonas. El desarrollo vigoroso de las exportaciones dominicanas de bananas hacia Europa en el momento que Santo Domingo necesitaba del apoyo de sus vecinos del Caribe que dependen del mismo producto, para adherir a la Convención de Lomé, desencadenó una controversia que, sin lugar a dudas, hubiera sido preferible evitar.

Todavía hoy las antiguas posesiones británicas de la región alimentan una gran desconfianza con respecto a la República Dominicana, lo que retarda la adhesión de Santo Domingo al Caricom. Con demasiada frecuencia las autoridades dominicanas descuidan los actos de buena voluntad que serían susceptibles de disipar esta desconfianza. Un ejemplo reciente: luego de la reunión ACP-CEE del mes de febrero pasado, la primer ministro de Dominica, Sra. Eugenia Charles, quien goza de una gran influencia en la región, no fue recibida en audiencia por el presidente Balaguer con las consideraciones debidas a su rango.

Uno de los grandes problemas de la política exterior dominicana es consecuencia de una de las grandes debilidades del país: la ausencia de un Estado moderno y de una función pública competente y honesta. Todo el mundo sabe que los puestos diplomáticos, y especialmente los consulares, son atribuidos según criterios políticos. Es aberrante constatar que la República Dominicana es incapaz de pagarse una embajada digna de ese nombre en Bruselas mientras que el cónsul de Amberes se enriquece. El monto de las sumas embolsadas a título personal, comenzando por el cónsul con asiento en Nueva York, parece todavía más exorbitante cuando se toma en cuenta que el ministerio de Relaciones Exteriores dispone de un presupuesto extremadamente reducido.

Otra constatación, que reenvía al problema político-cultural de la ocultación de las influencias africanas:¹³ la diplomacia dominicana ignora totalmente al continente africano.

El verdadero tesoro

Una de los mejores oportunidades del Caribe, y particularmente de la República Dominicana –uno de los países más mestizos del planeta– es la de servir de punto de encuentro en este fin de milenio. *Encuentro entre las Américas y Europa, pero también entre las Américas y Africa.* Pocos países, y de seguro no los Estados Unidos, pueden jactarse de haber conseguido hacer un verdadero "melting-pot" como el que ha realizado en cinco siglos la República Dominicana. La mezcla de blancos de origen europeo, de descendientes de esclavos africanos, de emigrantes judíos y árabes, y el aporte asiático han creado una población sui generis cuyas características de formación son un ejemplo

de tolerancia frente a la resurgencia de conflictos étnicos que estremecen al viejo continente. Es tiempo de que las autoridades tomen conciencia de esta extraordinaria riqueza que ha sido descuidada hasta el presente.

NOTAS

1. Cf la crónica de Enrique de Marchena, *Santo Domingo News* N 1096, a propósito de la anulación de la reunión del Consejo de seguridad marítima que debía tener lugar en Santo Domingo el 29 de octubre de 1992.
2. *Sobre el impacto de la televisión por cable Cf.*, particularmente la serie de artículos de Claudia Fernández en *Hoy* 26, 27 y 29 de junio, 1992.
3. Cf el estudio realizado para el Banco Mundial por la Bavaria Standerg Institute et Services Group.
4. Cf el informe de septiembre 1991 de la Comisión Americana para el Comercio Internacional (US International Trade Commission), *Caribbean Insight*, octubre 1991.
5. Por razones de comodidad las relaciones de la República Dominicana con Europa y su incorporación a la Convención de Lomé serán tratadas más adelante.
6. *Sobre la migración dominicana hacia los Estados Unidos, Cf especialmente:*—varios autores, *Dominicanos ausentes*, Fundación F. Ebert, Santo Domingo, 1988; —Jorge Dunany, *Los dominicanos en Puerto Rico*, Ed. Huracán, Puerto Rico, 1990;—Sherri Grasmuck y Patricia Pessar, *Dominican International migration*, University of California Press, 1991.
7. Conferencia de prensa del presidente Joaquín Balaguer en Pimentel, 28 de mayo de 1992.
8. Cf Varios autores, *Ayiti—República Dominicana: au seuil des années 90*, Crespip, Port-au-Prince, junio 1991. Ver especialmente el artículo de Max Puig sobre la historia de las relaciones entre los dos países.
9. Discurso del presidente Joaquín Balaguer, en ocasión de la fiesta nacional, el 27 de febrero de 1991.
10. Decreto 233-91, del 13 de junio de 1991.
11. Conferencia de prensa del presidente Balaguer en Santo Domingo, el 25 de junio de 1992.
12. Cf *Ayiti—República Dominicana: au seuil des années 90*, o.c.
13. Cf el interesante reportaje de Carmen Imbert Brugal sobre la autopercepción racial en República Dominicana, *Jornada Extra*, 14 de junio de 1992.